



Alonso Zamora Vicente

Aleluyas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Aleluyas

Había que ir a comprar los pliegos a la puerta de la Catedral, donde la mujeruca que las vendía se sentaba. ¡Aleluyas de toos los colores! ¡Para tirar al paso del Santísimo! Papeles de colores, amarillos, rojos, azules, naranja, verdes (blancos, más baratos), donde venían filas de cuadraditos, grabados en madera, con un par de versitos debajo: la aleluya. Flotaban al vientecillo cobarde, levantándose por un extremo, sujetas por el otro a un listón con una pinza de la ropa. Indecisión curiosa, azoramiento siempre renovado al escoger un pliego (¡enséñame los cuartos primero!), si Felipe o la muerte del Espartero, la Reina Regente y la guerra de Cuba, o la guerra carlista, o el crimen de doña Baldomera y las niñas desaparecidas, las atrocidades de no sé qué semana en Barcelona y el [48] incendio de un teatro, o los pecados capitales y una peregrinación a Roma. Muchas cosas más, con sus versitos debajo. En casa, los chiquillos reunidos cortábamos cuidadosamente los recuadros, que, una vez mezclados los colores, se arrojaban al paso de las procesiones, revuelo confuso y múltiple, mansa caricia de lo alto sobre el suelo sucio de la calle.

La aleluya era para nosotros un simple color, regalo fácil a la brisa de la tarde con campanas, con música, olor a fiesta sorprendente, quizá buena merienda, gentes extrañas que vienen a aprovecharse del balcón. Las leían risueños los mayores, y qué gracia la Reina madre, el vestido es del tiempo de Mari-Castaña, y qué negros deben de ser todos en Cuba, y vaya cuernos que le han pintado a este toro. Las que más nos divertían a todos eran las de la gripe. Paco delectaba con el tonillo de la aleluya, una música aún inevitable,

Sale de casa la gripe,
para agarrar a Felipe.

Y los mayores suspiraban: ah, sí, la gripe, ya. ¿Te acuerdas cuánta gente se murió?, y sonaban nombres de gentes conocidas, ningún Felipe, gentes que el año aquel, entonces, pobres, cuánta nieve el día del entierro, y, con una lejana tristeza, sí, fue el año 18, tú eras muy chico. Y miramos con una pesadumbre curiosa, terror naciente, el grabado de Felipe, que a lo mejor se va a morir, no todo va a ser cosa de risa. Y allí estaba Felipe, muy bien plantado, [49] joven, delante de un espejo, acicalándose para salir. Tieso que tieso, avanzaba sin rumbo, y, en una calle cualquiera, en la esquina, con un velo echado sobre los ojos, ella, la gripe, una señora elegantísima, un verdadero figurín decía Elisa (esta Elisa siempre pensando en lo mismo), con una capa de piel y un monedero de plata, muy aplastadito, una joven que quién iba a pensar, tan bien puesta, y luego... Felipe caía en la trampa. No, ni el respeto a su familia, ni el presentimiento, ni un entierro que pasa por allí, nada. Se va con ella del brazo, paseaban, iban a una iglesia, al café, a Recoletos en un simón, al baile, a cenar en un restorán lujosísimo, y acababa Felipe despidiéndose, hasta mañana y escalofríos, a casa y a la cama. Al día siguiente, rígido, la alcoba llena de mujeres con el pañuelito en los ojos, un cura revestido a su cabecera, una mesilla de noche que se parecía a la mía, con un vaso de agua sobre el mármol, y la gripe, ella, la mujer del velo y la capa de pieles, mirando taimada por la puerta entreabierta:

Qué contenta está la gripe
porque se muere Felipe.

Felipe se moría sin remedio. Y allá se iban su entierro y su desventurada familia, haciendo giros por el viento, a buscar el arroyo.

¡Aleluyas, aleluyas de toos los colores! El pregón se levantaba en primavera, con los días tibios. Placer infinito, ir haciendo crecer el montón de recortes, [50] los cuadros a un lado, lo inservible a otro, y estos chicos, esos papeles tan finos no hay quien los saque luego de la alfombra, y dichosas tijeras. Nosotros no mirábamos siquiera los pliegos, lo importante era cortarlos. Largos ratos de silencio, mientras se van despedazando. Entra el sol amable en el cuarto. Yo veo a mi gente reunida. Las mujeres cosiendo, alguien lee en voz alta el periódico: cosas de guerras, de huelgas, los nombres del Real, pleitos famosos (que no caigan papeles en el brasero, huelen mucho), un robo en descampado (Jesús, el domingo pasado fueron los chicos por ahí a tomar el sol), a la carnicera le ha tocado la lotería, un nuevo sistema de alumbrado en un paseo, el último rosario de la aurora en Getafe, a don José le ha atropellado un automóvil, habrá que ir a verle, un nuevo servicio de trenes a Aranjuez (qué bien, iremos a ver correr las fuentes, yo no he ido nunca...), el jueves habrá Capilla pública en Palacio..., y suenan las tijeras con su chirrido minúsculo, guiño brillante, y mirad qué toro, es el que mató a Joselito, hijo, y más explicaciones sobre Talavera y su plaza, y Dios sepa cuántas cosas más, mientras el montón de cuadritos va creciendo, creciendo, celosamente cuidado, uno a uno, no me lo toquéis, ya voy a cenar, no me llaméis más, que me queda solamente éste, quiero recoger los recortes del suelo, no quiero que me digas luego que bueno, y que ya he manchado bastante. Y se guardan los cuadritos a la espera del impulso fiero de mezclar los colores, [51] bien mezclados, que no queden esos dos iguales juntos, picazón en los dedos, tan apretadas estaban las tijeras.

Las aleluyas bajaban, indecisas, un distraído vuelo sin orden, locas alejándose, súbita elevación luego, vacilantemente hundiéndose en la siesta olorosa. El parpadeo de colores aún daba una señal de chillidos reconocedores, la morada es la de Pepe el gallego, el sereno bueno, y la verde es la del Espartero, y la encarnada (se quedó en aquel balcón) es la del Gurugú. Aquella amarilla que va cayendo en grandes eses, sola, es la de los pecados capitales, que tanto hacía reír,

... hijos del demonio,

desgracia del matrimonio,

todos agolpados livianamente contra el vasto desierto total, definitivo, una blanda lluvia roja, naranja, azul, verde, lento descenso apenas rumoroso, campanas en el aire, procesiones de San Isidro, de la Minerva o del Corpus, y siento que alguien me levanta en brazos para que pueda ver la custodia por encima de la barandilla, y re veo el desfile de personajes, que pisotean, insensibles, a la Reina madre azul, a Felipe amarillo, a los bolcheviques, revueltos con pétalos de rosa, flores, incienso, gritos, y la paciente tarea del recorte, sí, aleluyas de todos los colores al paso del Santísimo.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

